

Alberto Sahagún de la Parra

# Memorias de un médico de pueblo



Alberto Sahagún de la Parra

*Memorias*  
*de un*  
**médico**  
*de* **pueblo**



Primera edición, octubre del año 2004

© 2004

ALBERTO SAHAGÚN DE LA PARRA

© 2004

Por características tipográficas y de edición

MIGUEL ÁNGEL PORRÚA, librero-editor

Derechos reservados conforme a la ley

ISBN 970-701-526-8

IMPRESO EN MÉXICO



PRINTED IN MEXICO

Amargura 4, San Ángel, Álvaro Obregón, 01000 México, D.F.

[www.maporrúa.com.mx](http://www.maporrúa.com.mx)

# Índice

Prólogo	
RAFAEL DIEGO FERNÁNDEZ SOTELO	9
Presentación	19
Introducción	21
Semblanza de Cotija, Michoacán	
ALFONSO SAHAGÚN DE LA PARRA	27
La entrada del “Indio” a Cotija	39
Cotijenses en la Tierra Caliente	43
La canícula	47
El mal del pinto	51
El herido de bala	55
El automóvil	59
Felicitas	63
Secundino, el barbón	65

El Domingo de Ramos	69
El parto	73
¿No está el “dotor”?	79
Una visita a Tocumbo	83
Teófilo, el zapatero	87
Las cuatro esquinas	91
María López	95
La diabetes	97
Las enfermedades venéreas	99
La fiebre puerperal	103
Ritual posmortem	105
Hacia el final	107
Reflexiones finales	113
Adendum. Medicinas de uso frecuente	115
Algunos tratamientos usados por el doctor Sahagún no referidos en el anecdotario	117
Algunas formulaciones frecuentes	119
Algunos libros encontrados en el librero del doctor Prisciliano Sahagún	123

# Prólogo

Rafael Diego Fernández Sotelo\*

*Fuera de los clientes seguros que en cada región y parroquia ya tienen sus propios cronistas, los hombres de ciudad miran con buenos ojos los relatos de la vida que muere, quizá porque añoran la vida apacible, quizá porque creen que los lugareños tienen algo que enseñar, que todas las comunidades por pequeñas que sean, incluso las más apartadas del comercio y la cultura, aportan experiencias humanas ejemplares.<sup>1</sup>*

DEBO DE comenzar por señalar la grata sorpresa que representó la petición del doctor Alberto Sahagún de la Parra de redactar el prólogo al trabajo que había realizado sobre la vida de su padre el doctor Prisciliano Sahagún Castellanos. El gusto se debió, en primer lugar, al aprecio que siento por el doctor Alberto, pues prácticamente desde mi llegada a Zamora, hace ya un par de décadas, dio inicio entre nosotros una cordial relación que a estas alturas me atrevería ya a calificar de amistad. También tuvo que ver el tema y la región que aborda en su libro, pues creo que viene a llenar un importante vacío en la historiografía regional de México, tanto por lo relativo al ejercicio de la medicina en esa época de tantas carencias técnicas y científicas, como por tratarse de un pueblo como tantos otros del México de esos años. Finalmente por la forma tan amena en que está escrito y organizado, de suerte que cada capítulo se nos presenta como un pequeño cuento, pero siempre con una gran carga de riqueza histórica y humana.

A continuación quisiera destacar algunos aspectos que considero especialmente relevantes en torno a la época y al lugar que se aborda, así como a los personajes que vemos desfilar, la trama misma de la obra, el género, el estilo y la presentación.

\*Profesor-investigador del Centro de Estudios Históricos de El Colegio de Michoacán.

<sup>1</sup>Luis González y González, *Nueva invitación a la microhistoria*, SEP/80, Fondo de Cultura Económica, 1982, p. 72.

## ÉPOCA

Con singular habilidad, don Alberto nos ubica en la época en que transcurre su historia, y si bien por una parte paulatinamente se nos introduce en el ritmo lento en que los días y las horas parecen durar mucho más que en la ciudad y en donde aparentemente no pasa nada y sin embargo pasa de todo, por la otra con grandes y firmes pinceladas traza la escenografía histórica que sirve de transfondo a su representación y en donde se nos presentan los grandes acontecimientos de la historia nacional, de la paz porfiriana en la Revolución mexicana, con sus secuelas de muerte y destrucción en el pueblo cuando el “Indio” José Inés Chávez arrasó con sus hordas de bandidos, y cuando aún no se recuperaban en el pueblo del duelo, el trauma y las pérdidas, estalla la guerra cristera que tantos nuevos sufrimientos, percances y trastornos causaría, hasta que sólo con la llegada del general Cárdenas y la salida de Calles se empieza a recuperar un poco la tranquilidad y el orden ya casi olvidados.

## ESCENARIO

Se nos presenta en tres niveles: uno extenso que es el del occidente de México, la región que va de la ciudad de México a Guadalajara; otro intermedio, que comprende el occidente del estado de Michoacán, y finalmente el medular, que se circunscribe a la ciudad de Cotija, fundada por una docena de familias españolas de Zamora y con alrededor de 6,000 habitantes, con sus calles y casas, plazas y tiendas, costumbres y labores, duelos y alegrías; y sus alrededores con las sierras y árboles, los ríos y los caminos que conducían general y principalmente a Tingüindín, a 30 kilómetros que se recorrían entre 7 y 8 horas a caballo, a la estación del ferrocarril con destino a Yurécuaro, de donde se tomaba la vía principal que conectaba a México con Guadalajara. También había otro camino muy transitado a Tierra Caliente, y más a partir de que el doctor Prisciliano adquirió el rancho de El Rodeo en el municipio de Aguililla, a 150 kilómetros al sur de Cotija y que representaban seis días de camino de ida y vuelta, y otro más esporádico a Los Reyes, a dos días de camino para “visitar” la zona de tolerancia.

El clima, como era de esperar en una historia de la medicina en provincia, resulta un factor esencial para integrar el escenario, y así nos enteramos de que la temporada de secas duraba siete meses seguida luego de las intensas lluvias, acompañada cada estación de la más diversa –y muchas veces molesta– plaga de bichos e insectos, entre los que destacan los zancudos, las chinches, las pulgas, los alacranes y las infaltables iguanas de Tierra Caliente, todo lo cual derivaba en un repertorio de males de los más diversos como el extendido mal del pinto, las picaduras de alacrán, las diarreas, las fiebres intestinales, viruelas, tifoideas y paludismo, a los cuales habría que añadir aun otros menos “naturales” y más “culturales” como lo sería la sífilis y toda clase de enfermedades venéreas.

## ACTORES SOCIALES

Realmente resultan encantadores los personajes que vemos desfilar a lo largo de las distintas historias que se nos cuentan, algunos de los cuales parecen sacados de una baraja de lotería pueblerina según se puede apreciar en el siguiente catálogo:

Prisciliano, el médico;  
José Inés Chávez, el “Indio”;  
Pepe Barragán, el cacique;  
Cresencio, el padre;  
Secundino, el barbón de solemnidad trágica;  
Clarita, la maestra;  
Jovita, la partera;  
Teófilo, el zapatero;  
Antonio Romero, el seminarista;  
Chon, el arriero;  
Telescopio, el peluquero;  
Pato, el cargador;  
María, la perdida;  
El camposantero;  
El duende;  
La divina providencia;  
La parca.

## TRAMA

Como en una buena obra de teatro, una vez definida la época y el lugar de los hechos, y luego de presentar a los personajes principales, procede ahora referir la trama que dará vida al conjunto y que no es otra que la historia de un médico de pueblo, desde su llegada en busca de salud en la época dorada del porfiriato hasta su muerte... muchos años y muchas guerras después. Para empezar conviene destacar el énfasis del autor por descubrirnos cómo era la vida en México a principios del siglo, en una época de tantos trastornos y violencia, en un rincón de la provincia mexicana tan parecido a tantos otros. Junto con esto tenemos que, habiendo seguido don Alberto los pasos profesionales de su señor padre, también logra transmitirnos con gran fuerza, a través de la experiencia de los dos, cómo era la vida de un médico y cómo el ejercicio de la medicina en ese entonces, consciente del enorme cambio que se ha dado en nuestros tiempos, tan grande que poco tienen en común el ejercicio médico, los medicamentos y los avances tecnológicos y científicos con los de ahora.

De los dos elementos mencionados, en el primer caso resulta de agradecer la habilidad del autor en narrarnos de manera tan amena, tan clara, tan sencilla y tan pintoresca, cómo se vivía en ese tiempo tanto en el campo como en la ciudad, con sus grandes contrastes. Por un lado la miseria y la ignorancia de la gente de los ranchos, frente al orden y al esfuerzo por salir adelante de los vecinos de la ciudad de Cotija, que constituye el centro y el corazón de una extensa región a donde todos los habitantes se reúnen en las distintas festividades, aprovechando cualquier pretexto divino o profano, para organizar romerías, verbenas e incluso palenques. Con sus plazas engalanadas, sus muchachas coquetas y los jóvenes enamorados que encargan cartas de amor anónimas al escribano del pueblo. Esos días todos se arreglan con sus trajes de gala, se compra y se vende a granel, la orquesta alegra las vueltas a la plaza desde el quiosco y se come y se bebe en abundancia. Sin embargo no siempre sucede así, y por el contrario hay momentos de enorme angustia y sufrimiento como cuando José Inés Chávez arrasó a su paso con todo y con todos, dejando una estela de muerte y desolación indescriptible, o cuando la cristiada. Todos estos

momentos, tanto de gozo como de tragedia, son pasajeros y luego todo vuelve a la normalidad, como nos lo demuestra la escena de las cuatro esquinas, donde tiene su consultorio el doctor Prisciliano. Y no sólo nos enteramos de quiénes eran y qué hacían estos honrados vecinos, sino de los distintos barrios y rumbos de la ciudad y de muchos de sus habitantes y de sus anécdotas, de lo que comían y bebían, de cómo se vestían y cómo eran físicamente, de las casas y las calles, de los interiores, de la importancia de la estufa, de la cocina y del papel central que en la familia representaba Felicitas, la cocinera, las salas y las habitaciones, de las comidas y las siestas, del zaguán y el patio.

Entre los temas que destacan están el de la arriería y el de la llegada del progreso a Cotija. La arriería constituye un elemento medular dado el gran desarrollo que llegó a alcanzar y gracias al cual Cotija podía jactarse orgullosamente de contar con productos tan diversos y selectos de tantas partes de México, incluso de Guatemala. Gracias al éxito que alcanzaron los arrieros del lugar se tuvieron tiempos de indudable progreso y prosperidad, y para darnos una idea de lo que representaba el autor nos explica cómo era que las recuas de 60 mulas por atajo tardaban 15 días en llegar a la ciudad de México, acompañadas de un mayordomo y de dos peones, aunque por lo general se agrupaban tres o cuatro atajos para defenderse, lo que representaba un contingente de 240 mulas más las caballerías de los arrieros. Ahora bien, si se toma en cuenta que se cargaban tres costales de 50 kilogramos en cada mula, y de que cada atajo transportaba alrededor de nueve toneladas, puede uno bien hacerse la idea de las ganancias que arrojaba el negocio. El producto que con mayor éxito se exportaba de la región no era otro que el ya entonces cotizado queso Cotija, y de regreso volvían las recuas cargadas de las más variadas mercancías.

Este tema enlaza directamente con el del progreso, pues precisamente durante muchos años la arriería fue el mejor exponente del progreso en Cotija, así como su mayor víctima, pues con el primer pitido del tren en la estación de Tingüindín sonó la hora final para los arrieros. Y con el tren llegó el fonógrafo y las modas, y los automóviles y los camiones... y todo lo demás que tan brusca y radicalmente terminaría cambiando la vida, las costumbres y la historia de aquella pequeña y alejada comunidad de México.

Al lado de la vida cotidiana, o más bien como hilo conductor para presentarnos la vida y obra de la gente de Cotija, don Alberto se sirve de la historia de su padre, en particular de su ejercicio médico desde que llegó a Cotija a principios de siglo hasta su muerte en 1943. Como uno bien lo supondría esta es la parte medular de la obra, la columna vertebral que sostiene toda la historia, y es así que nos enteramos de cómo la mayor parte de los remedios que recetaba consistían en diversas sustancias, compuestos químicos y un puñado de medicinas de patente para los convalecientes, todo lo cual les suministraba a través de jarabes, inyecciones, parches y ventosas, ungüentos, polvos antisépticos, dietas blandas y nutritivas, mimos y cuidados, aunque también había algunos tratamientos poco ortodoxos como el “del toro” para combatir la sífilis.

A la par de las descripciones sobre las enfermedades y males de la época, y de los recursos que se empleaban en su combate, hay un par de temas que destacan, como no podía ser para menos, y que son el de los partos y el de la muerte, que sin duda reultan los capítulos más emotivos justamente por lo que representan. Si en el caso de los partos se nos cuenta con lujo de detalle los malabares que tenía que hacer el doctor para traer a las criaturas a la vida en condiciones por demás adversas por las distancias, las dificultades de los caminos, la falta de higiene, la ignorancia y la miseria de la gente, y en donde no siempre llegaba a tiempo, en el apartado de la muerte con maestría el autor nos describe el sufrimiento tanto de los pacientes como de las familias, así como todo el ritual que rodeaba al tránsito entre éste y el otro mundo, con todos sus símbolos, sus ritos y creencias representados a través de los viáticos, las velas, el agua bendita, los rezos interminables, los lúgubres tañidos de las campanas, el duelo, el luto, la misa de cuerpo presente, el entierro, el novenario de rosarios y las 30 misas gregorianas para pedir por el eterno descanso del difunto.

Por supuesto que no sólo se limita el autor a narrarnos las venturas y desventuras que tuvo su padre durante su ejercicio profesional, sino que incluye otras muchas sobre su vida y costumbres, sus amigos, sus afanes y anhelos, su familia, su descripción física tanto en el esplendor de la vida –“alto, fornido, blanco, con un bigote que envidiaría don Porfirio, cejas pobladas, ojos grandes y expresivos de mirada a un tiempo penetrante y tierna”– como en la etapa de la grave enfermedad y últimos momentos.

Por último resulta importante señalar que lo que subyace por debajo de la historia de la vida y vicisitudes de un médico de pueblo es en realidad la profunda y sincera reflexión del autor en torno a la manera como una profesión que orgullosamente se ostentaba basada en el saber y el humanismo se fue transformando en una sustentada en el poder y la tecnología, “evolución” que indudablemente ha incidido en un asombroso avance en la lucha contra la enfermedad, pero también en muchos sentidos ha significado un retroceso dado que se ha perdido la relación humana que se establecía entre el médico, el paciente, la familia, la comunidad en que se hallaban insertos, y para muestra basta el contraste que nos ofrece el autor entre el cálido y humano contexto familiar del hogar, que tanto contribuía a aliviar a los enfermos –o por lo menos a confortarlos y consolarlos–, frente al frío, inhumano y traumático ambiente de los hospitales modernos, tan sobrados de tecnología y asepsia y tan carentes por otra parte del mínimo calor humano, en lo cual coinciden plenamente algunas prestigiadas autoridades de la actualidad como el doctor Santiago Dexeus, director de la cátedra de Investigación en Obstetricia y Ginecología-UAB del Instituto Universitari Dexeus, quien opina que: “Lo que sí me parece evidente es que ni el «ingeniero social» ni nosotros los médicos podemos sustituir el amor y la solidaridad humana que todos necesitamos para alcanzar un digno envejecimiento.”<sup>2</sup>

## GÉNERO Y ESTILO

Aunque el género adoptado por el autor es el biográfico para narrarnos la vida de su padre, lo cierto es que más que eso y, como no podía ser de otro modo, es también en parte autobiografía del propio doctor Alberto pues no sólo nos da diversos datos sobre su propia vida y la de su familia, sino que él mismo está presente a lo largo de toda la historia, presencia que no sólo se percibe en todo lo que cuenta y describe, sino también en lo que omite, relega, ignora o calla. Al respecto cabe señalar que si de por sí los géneros biográficos y autobiográficos representan un alto grado de complejidad dada la tendencia de los autores de este tipo de obras a escribir apologías

<sup>2</sup>Editorial aparecida en el diario español *El País* el 28 de enero de 2004 bajo el título de “Envejecer con dignidad”.

cuando no verdaderas hagiografías de ellos mismos o de sus seres amados, o cosas que a nadie –a veces ni a la propia familia– importan mayormente, consideramos un mérito no desdeñable de esta obra el que no sólo no se trata de una apología del padre del autor –ni del autor mismo en la parte autobiográfica del trabajo–, sino que en realidad rebasa por mucho la propia vida y actividad profesional del médico de Cotija y nos presenta más bien una historia social amena, interesante y bien escrita, introduciendo en diversos párrafos el modo de hablar de la gente, así como muchas palabras, giros y expresiones de ese tiempo y ese lugar que le agregan a la obra un valor extra. Finalmente son de agradecer los mapas y las fotografías que el autor agregó a la edición pues resultan un complemento importante para valorar, entender y contextualizar la historia.

## CURRÍCULUM VITAE

El autor nació en agosto de 1918, en el pueblo de Cotija, Michoacán, en el seno de una numerosa familia (el 4o. de 10 hermanos) bien integrada, amorosa y conservadora cuando todavía imperaba la inseguridad y la violencia de la Revolución mexicana.

Sus juegos infantiles fueron: las canicas, el balero, el trompo, el zumbador y la resortera. Más grandecito, sus excursiones a pie o a caballo a las serranías que rodean el pueblo. La caza de güilotas, la pesca en las lagunas de La Magdalena y San Juanico.

Estudió tres años de primaria en la escuelita de María Neri, donde todavía se usaba la regla correctora para bapulear las posaderas. Tres años en la escuela del señor Zavala de Guadalajara (ya desaparecida). Algunas clases de secundaria con la maestra Clarita Magaña, sin programa ni reconocimiento oficial. Preparatoria en el Instituto Bachillerato de México, D.F. (ya desaparecido).

Título de Médico Cirujano y Partero de la Facultad de Medicina de la Universidad Nacional Autónoma de México, en octubre de 1945.

De 1944 a mediados de 1947 estudió y practicó cirugía general en el Hospital General de la Secretaría de Salubridad y Asistencia en la ciudad de México.

De mediados de 1947 a finales de 1986 ejerció su profesión de cirujano en la ciudad de Zamora, Michoacán; luego se jubiló de dicha actividad.

Casado en 1950 con Tere Jiménez formaron un hogar muy feliz durante 50 años y ocho meses, hasta su muerte. En él nacieron sus seis hijos.

En 1962 fundó, juntamente con su esposa, el Hospital San José de Zamora que fue y sigue siendo pivote y vigoroso impulso a las ciencias médicas en la ciudad de Zamora y en una amplia región del estado de Michoacán.

En 1993, Editorial Trillas publicó su libro *Integración sexual humana*. En 1999, Editorial Diana editó su libro *Crisis de la familia*.

En agosto de 2002 contrajo matrimonio con la señora Cristina Rizo, su esposa actual.



Memorias de un médico



9 789707 015265

Los hechos de salud, enfermedad, medicinas y médicos suelen ser poco considerados por los historiadores, más atraídos por factores políticos, sociales y económicos. No obstante, este libro está integrado por varios acontecimientos que le ocurrieron a un médico que ejerció su profesión con devoción según los usos y costumbres de su época. Con singular habilidad, don Alberto Sahagún de la Parra nos cuenta la historia de su padre, un médico de pueblo que llegó a Cotija hacia 1895 en busca de salud y permaneció allí hasta su muerte en 1943.

Muchas de las anécdotas que conforman esta historia fueron conocidas directamente por el autor, quien primero ayudó a su señor padre en la preparación de toda suerte de formulaciones galénicas y después porque siguió los pasos profesionales del doctor don Prisciliano Sahagún Castellanos. Así, a través de la experiencia de los dos, logra transmitirnos cómo era la vida de un médico y cómo el ejercicio de la medicina en ese entonces, además de describirnos sus costumbres, enfermedades y sus tratamientos.

